

HELEN OYEYEMI

BOY, SNOW, BIRD
FÁBULA DE TRES MUJERES

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MARÍA BELMONTE

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Boy, Snow, Bird*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2014 by Helen Oyeyemi
© de la traducción, 2016 by María Belmonte Barrenechea
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-16748-12-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 18748-2016

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Nadie me previno nunca contra los espejos. Durante muchos años me gustaron y creí que eran dignos de confianza. Me perdía en ellos colocando dos, uno frente a otro, de manera que cuando me plantaba en medio, mi reflejo se proyectaba infinitamente en ambas direcciones. Había muchos, muchísimos yoes. Cuando me ponía de puntillas, todas lo hacíamos, tratando de ver a la primera y a la última. El efecto producía vértigo, un enorme latido mecánico, como el funcionamiento de un autómatas. Sentía el reflejo en mi hombro como algo físico. Como si fuera alguien muy íntimo, otra tontaina como yo demasiado solitaria para mostrarse selectiva con la compañía que se procura.

Los espejos me enseñaban que yo era una chica con una trenza de un rubio casi blanco que caía sobre un hombro; cejas y pestañas del mismo color; ojos casi negros y serenos y uno de esos rostros que algunas personas califican de «duros» y otras, de «delicados». A menudo me ponía una bufanda alrededor de la cabeza y me pasaba la tarde fingiendo ser una monja de otro siglo; mi frente se mantenía lo suficientemente alta. Y mi tez es impredecible; puede pasar de una palidez extrema a estar colorada y vuelta a empezar, y todo ello sin mi permiso. Todavía hay días en que no logro determinar si me gusta o no mirar mi cara.

En la escuela me defendía bien. Me refiero a la manera en que los chicos se comportaban conmigo, ya que cualquier maldad por su parte provocaba que pasara la mayor parte del tiempo en las clases fingiendo absorber mucha menos información de la que absorbía en realidad. De vez en cuando un profesor se mostraba receloso con algún tra-

bajo que le entregaba y me hacía quedar después de clase para interrogarme. «¿Te ha ayudado alguien?». Yo me limitaba a mover la cabeza y desplazaba la silla hacia un lado, para evitar el destello de la lámpara con la que el profesor casi siempre trataba de iluminar mis ojos. El que una chica como yo escriba un trabajo de sobresaliente hace que los profesores se vuelvan polis. Algún día preguntaré a mis compañeros masculinos lo que piensan al respecto. Cuatro de cada cinco de ellos o bien me ignoraban o bien eran asquerosamente amables, del modo en que los chicos guapos se comportan con las chicas poco atractivas que conocen. Pero sólo pasaba con cuatro de cada cinco. Por alguna razón el número cinco solía perder el equilibrio y me seguía a todas partes haciéndome las más extraordinarias súplicas y ofertas. Como si le hubiera picado algún bicho raro. Las chicas de clase recibían notas «anónimas» que decían cosas como: «Estoy colado por ti. Probablemente porque puedo ver y oír. Te veo (tus ojos, tu sonrisa) y cuando te ríes..., ¡oh!, me muero. Normalmente no soy tan sincero, así que no podrás adivinar quién soy. Pero te doy una pista... Estoy en el equipo de fútbol. Si te apetece correr el riesgo, ponte una cinta azul en el pelo mañana y te acompañaré a casa».

Las notas que yo recibía eran algo más... atormentadas. Más del tipo «Me vuelves loco». No puedo decir que esas cosas me hicieran perder el sueño. ¿Cómo iba a hacerlo si yo mantenía un pequeño negocio paralelo de escritura de notas? Los chicos me pagaban por escribir notas a otras chicas en su nombre. Confiaban en mí. Creían que yo sabía lo que había que decir. Yo me limitaba a escribir lo que pensaba que una chica en concreto quería escuchar y a cambio cobraba unos dólares. Las notas que mis amigos me enseñaban no las había escrito yo, pero como mantenía mi ne-

gocio en secreto, era de suponer que si alguien más tenía un negocio similar, también se mostraría discreto al respecto.

Cuando mi pelo empezó a oscurecerse, me puse agua oxigenada.

Mi carácter se fue desarrollando sin prisas ni alborotos. Yo no me entrometí, todo estaba allí, en los espejos. Imagina que has nacido en el Lower East Side de Manhattan en el año mil novecientos treinta y tantos. Imagina que tu padre se dedica a exterminar ratas. (Como nunca se habla de tu madre ausente, has alimentado la teoría de que eres un caso de generación espontánea). El interior de la casa en la que has crecido es naranja claro y marrón rojizo; al amanecer y al ponerse el sol las sombras se mueven como manos detrás de las cortinas (siluetas de hombres con el pelo engominado, reunidos en la esquina de la calle para cantar canciones de amor a siete voces, el tranvía murmurando mientras recorre la vía, la señora Phillips sacudiendo mantas en la puerta de al lado). Tu padre es un hombre a la antigua; mata las ratas tal como su abuelo le enseñó. Eso significa que en el sótano hay pequeñas jaulas, por lo general siempre un mínimo de siete. Cada jaula contiene una rata; está echada y hace un ruido entre un gorjeo y un parloteo: *lak lak lak lak, krrrr krrrr krrrr*. El sótano huele a sudor; las ratas están aterrorizadas y muriéndose de hambre. Hacen esos sonidos y entonces ves agujeros en las patas y en los costados; en la jaula no hay nada más, y lo único que tu padre hace al principio es darles agua, luego no cabe duda de que son las ratas las que se provocan esos agujeros, al comerse a sí mismas. Cuando tu padre está a punto de salir a hacer un nuevo encargo, va al sótano, selecciona una jaula y le saca los ojos a su habitante. Las ratas ciegas y muertas de hambre son lo mejor para liquidar a todas las demás, al menos eso es lo que dice tu padre. Carga tres o cuatro jau-

las vacías en el maletero de su coche y se marcha. Regresa tarde por la noche, cuando ha cumplido con su tarea. Imagino que gana un montón de dinero; trabaja para fábricas y almacenes y están muy contentos con él porque es muy concienzudo a la hora de dejarlo todo limpio.

Ése es papá. Las manos más limpias que hayas visto en tu vida. Te golpea en los riñones, por detrás, o te pega un puñetazo en la nuca y se marcha riéndose tontamente mientras tú te arrastras por el suelo, anonadada. Le hace lo mismo a su amiga, que vive contigo hasta que él le pega en la cara. Ella tiene mucho aguante pero por ahí no pasa. Un día deja una nota bajo tu almohada. Dice así: «Mira, lo siento. Por si sirve de algo, creo que te mereces algo mejor. Cuídate».

No te disgustas mucho por su partida, pero te preguntas quién te va a dejar gorronear ahora Lucky Strikes. Ya tienes quince años y eres una cría asustadiza. No sonríes a nadie, tienes clarísimo que las personas pueden sonreír sin parar y seguir siendo malas. Una de las primeras cosas que recuerdas es que estabas con la cabeza apoyada en el fregadero; te estabas lavando el pelo y tuviste que hacer una pausa porque cuando tu pelo está mojado pesa tanto que no puedes levantar la cabeza sin que tu cuello se bambolee. Así que estabas descansando y esa mano limpia surgía de la nada y sujetaba tu cara dentro del agua hasta que perdías el conocimiento. Te quedabas tumbada en el suelo del cuarto de baño. Tenías una sensación de ardor en los pulmones que aumentaba cuanto más fuerte tosías, y el exterminador de ratas hacía rato que se había ido. Estaba trabajando.

¿Qué tiene que ver con esto el carácter? Pues que siempre he sabido que sería capaz de matar a alguien si tuviera que hacerlo. A mí misma o a mi padre, depende de lo que resultara más práctico. No mataría por odio; sólo lo haría

para resolver un problema. Y únicamente después de que hubieran fallado todas las demás soluciones. Ese tipo de determinación está en tu carácter o no lo está y, como he dicho, se desarrolla temprano. Mi reflejo asentiría de vez en cuando con un lento gesto de la cabeza, pero nunca me diría lo que estaba pensando. No era necesario.

Un par de profesores me preguntaron si iba a entrar en la universidad, pero les dije: «No puedo permitírmelo». En realidad sabía de sobra que el exterminador de ratas podía costearlo, pero no quería mantener esa ni ninguna otra clase de conversación con él. Me pegaba cuando una de sus ratas enjauladas le mordía. Me pegaba cuando yo pronunciaba una palabra de una manera que él considerara engréida. (Me dijo que la diferencia entre él y el resto de personas era que éstas sólo pensaban en darme un tortazo cuando yo utilizaba una palabra rebuscada, pero que él lo llevaba a la práctica). Me pegaba cuando yo no me inmutaba si me levantaba la mano y me pegaba cuando me encogía de miedo. Me pegó cuando Charlie Vacic vino a preguntar educadamente si podía llevarme al baile del colegio. Creo recordar que empezó a pegarme de esa manera particular, como si se anduviera con rodeos, acercándose a mí con una cacerola y dejándola caer sobre mi pie. Casi tenía algo de payasada. De repente caí en la cuenta de que si me reía o le preguntaba «¿De qué vas?» me dejaba en paz. Pero trataba de no reír por miedo a hacerlo demasiado pronto, o demasiado tarde.

Hubo momentos en los que pensé que el exterminador de ratas me iba a dejar fuera de combate. Por ejemplo, la mañana en que me dijo que bajara al sótano y dejara ciegas a toda prisa a un par de ratas antes de ir al colegio. Dije que de ninguna forma y me preparé internamente para ver las estrellas. Pero él no hizo nada, se limitó a señalar mi ropa y dijo: «Las ratas pagan eso», luego señaló mis zapa-

tos y dijo: «Las ratas pagan esto», y señaló la comida sobre la mesa y dijo: «Las ratas...».

Las imitó: «Krrrr. Lak lak lak lak». Y se rio.

Lo imprevisible de sus ataques no significaba que estuviera loco. Ni mucho menos. A veces se emborrachaba muchísimo, pero nunca hasta el punto de no saber lo que hacía. Trataba de entrenarme. Para qué, no tengo ni idea. Nunca lo descubrí porque huí casi en cuanto cumplí veinte años. Me gustaría saber por qué tardé tanto. Ni siquiera me pegó aquella noche. Se limitó a sentarse en su sillón a echar una cabezada después de cenar, como siempre. Le miré y desperté, simplemente desperté. Él estaba durmiendo tranquilamente, con una media sonrisa en la cara, no sabía lo malo que era, nunca lo sabría y probablemente ni siquiera llegaría a sospecharlo.

Mientras consideraba la huida mis pies me llevaron a mi dormitorio. Allí le di a mi colchón un puntapié de despedida. Mi equipaje no era grande porque era poco lo que tenía. En mi bolsa sólo había una cosa realmente importante: la bandera con la que Charlie Vacic me había envuelto los hombros un Cuatro de Julio en que estuvimos viendo los fuegos artificiales en Herald Square. Dijo que era un préstamo, pero nunca me pidió que se la devolviera. Desde que empezó a estudiar en la facultad de medicina se hablaba de él como si hubiera muerto, pero seguía siendo el Charlie de siempre (me escribió desde el norte del estado, y mencionó la bandera, y aquella noche). Yo le contesté diciendo que seguía cuidando de la bandera por él. Ocupaba un montón de sitio en mi bolsa, pero no podía dejarla allí con el exterminador de ratas.

Busqué la llave del sótano pero no pude encontrarla. Puesto que las ratas estaban tan hambrientas, hubiera sido una buena acción liberarlas, aunque manteniéndome apartada, claro.

Abrí y cerré tres veces la puerta de entrada para comprobar si el exterminador de ratas dormía profundamente, tratando de hacer el menor ruido posible. La tercera vez le escuché moverse el sillón y murmurar algo. La cuarta vez que abrí la puerta no tuve el valor de cerrarla tras de mí y me limité a salir corriendo. Dos niñas que jugaban a la rayuela fuera de la panadería Los Tres Deseos se quitaron de en medio de un salto al verme llegar. Corrí a lo largo de seis o siete manzanas, una danzante sucesión de ladrillos y timbres de bicicletas, sombreros y medias, deteniéndome únicamente para doblar esquinas cuando las luces de los semáforos me prohibían pasar. Corrí tan deprisa que no entiendo cómo no perdí las bailarinas. Un autobús urbano, luego un viaje en metro hasta la estación de Port Authority. Si digo que estaba «nerviosa» me quedo corta. Durante el viaje en autobús permanecí de pie, pegada al conductor, mirando hacia atrás, mirando hacia delante, con el corazón a punto de estallar, con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos para que no pudieran cogerme por las mangas. Estaba preparada por si aparecía el exterminador de ratas. Totalmente preparada. Sabía lo que tenía que hacer. Si trataba de agarrarme por el codo, si trataba de darme la vuelta, me abalanzaría sobre él en plan bestia y le golpearía en la frente con la cabeza. Permanecí en guardia hasta que llegué a Port Authority, donde la prioridad pasó a ser que no me pisotearan.

La verdad es que no esperaba que hubiera tal revuelo. Si hubiera tenido más tiempo, me habría quedado quieta con los ojos cerrados y tapándome los oídos con las manos, esperando la oportunidad de avanzar hacia la taquilla sin que me empujaran o gritaran. La gente salía en estampida hacia el último autobús cargando con todos sus trastos (como si quien fuera lo suficientemente desgraciado para estar to-

avía en el andén de la estación se fuese a convertir en calabaza cuando el reloj diera las doce). Entré a empellones en el autobús con un grupo particularmente agresivo de unas siete personas—una familia, supongo—y volví a salir del mismo autobús atrapada entre los pliegues del enorme abrigo de un hombre, de donde me escabullí a toda prisa hacia la taquilla para tratar de averiguar adónde iba ese último autobús. Vi al exterminador de ratas en la cola de la taquilla, alto, esbelto, imperturbable, en el cuarto puesto de la fila, y me subí el cuello del abrigo hasta taparme la cabeza. Vi al exterminador de ratas salir de un taxi y avanzar hacia mí, las venas protuberantes en la frente, mirando como si no pasara nada especial; me di la vuelta y vi al exterminador de ratas otra vez, golpeando la ventanilla del autobús, tratando de descubrirme entre los pasajeros. De acuerdo, no estaba en ninguno de esos sitios, pero eso no era razón para relajarme (habría sido muy propio de él aparecer, quiero decir aparecer de verdad, un instante o dos después de que hubiera bajado la guardia). Le vi al menos veinte veces, avanzando hacia mí desde todos los ángulos, antes de llegar a ventanilla. Y cuando por fin lo hice, el tipo que estaba detrás dijo que estaba cerrado por esa noche.

—¿Cuándo abrirá de nuevo?

—A las seis de la mañana.

—Pero yo me tengo que ir esta noche.

Básicamente era un gilipollas. No es un término que utilice a menudo. No voy por ahí diciendo de alguien que es un *gilipollas*. Pero este tipo era un caso especial. Allí estaba yo, mirándole a los ojos a través del cristal mientras lloraba desesperadamente, y allí estaba él, acariciándose el bigote como si fuera un ser mezquino y amargado. Me vendió un billete cinco minutos antes de que partiera el autobús y sólo lo hizo porque le deslicé un billete extra de cinco dólares.